

XLIX.

“Bonifacio risueño respondia:  
“Señora, yo iré por los lejanos  
“Y remotos países y á porfia  
“Os buscaré reliquias de cristianos.  
“Mas si alguno, por suerte, á mí os envia,  
“Muriendo por le fé de mis hermanos,  
“Con las otras reliquias juntamente,  
“¿Recibireis las mías igualmente?”

L.

“Por desgracia eran pronto interrumpidas  
Estas conversaciones religiosas,  
Que por lo regular eran seguidas  
De pláticas mas libres y amorosas.  
No obstante, algunas veces repetidas,  
Obraron mutaciones prodigiosas,  
Y á poco tiempo vimos con sorpresa  
Renunciar á su fausto á la princesa.

LI.

“Este fué el primer golpe de la gracia  
Con que la gran bondad de un Dios clemente  
Principió á doblegar mi pertinacia.  
Agustin y Gerónimo igualmente  
Sintieron de este aviso la eficacia,  
Pues de genio festivo y complaciente  
Los ví tristes, callados, distraidos,  
En serios pensamientos embebidos.

LII.

“Por disipar esta tristeza interna,  
Paseando una tarde en la bahía,  
Llegamos hasta cerca de Literna.  
Allí el sepulcro de Escipion se via  
A la entrada de lóbrega caverna,  
La estatua derribada aun se leia  
Esta inscripcion con caractéres gruesos:  
*Ingrata patria, no tendrás mis huesos (10).*

LIII.

“La vista de este objeto inesperado  
Acaba de escitar nuestra ternura:  
Nuestro rostro fué en lágrimas bañado.  
¡El vencedor de Aníbal que figura  
Como el héroe mas grande y celebrado,  
Reposa en ignorada sepultura!  
Esta idea á Gerónimo le inflama,  
Y arrebatado de su ardor esclama:

LIV.

“Amigos! ya no es tiempo que escondido  
“Os tenga mas de mi alma el sentimiento.  
“La tumba del Romano esclarecido  
“Me trae vivamente al pensamiento  
“Lo inútil de la vida que he seguido.  
“Buscando en los placeres el contento,  
“En vez de la alegría, ¿qué he encontrado.  
“Sino tedio, fastidio, enojo, enfado?”



LIV.

“Mil veces, de tristeza y pena lleno,  
“Propuse abandonar mi estado ocioso,  
“Y solo la amistad me puso freno.  
“Mas mi alma se encuentra sin reposo.  
“Nueva zozobra agita ahora mi seno  
“Al ver la imagen de Escipion glorioso,  
“Cuya vida de accion y virtud llena  
“El ocio nuestro y languidez condena.”

LVI.

“Gerónimo! Agustino le contesta,  
“Tú acabas de pintar la historia mia.  
“Una pena hace tiempo me molesta  
“Cuya causa deciros no podria.  
“Sin embargo, á la tuya es contrapuesta  
“Mi inclinacion, y en esto se desvia  
“Que huyendo del tumulto bullicioso  
“Solo anhelo el retiro y el reposo.

LVII.

“Ardiendo siempre en sed intolerable  
“De la felicidad, solo he logrado  
“Como vos hasta aquí ser miserable.  
“Pero ¿cómo salir de tal estado?  
“¡Si existiera una fuente inagotable  
“De amor ardiente, puro, ilimitado!.....  
“Si tu sueño, Escipion, no hubiese sido  
“Una ilusion divina, y que el olvido!”.....

LVIII.

“Con qué trasporte yo me arrojaria  
(Interrumpe Gerónimo ardoroso)  
“A esa fuente de amor y de alegría!  
“Riberas del Jordan, antro dichoso  
“De Belen, á vosotros correria!  
“¡Desierto de Judea pavoroso,  
“Los ecos repitieras del lamento  
“Y de la penitencia el triste acento!

LIX.

“A mi vez yo les digo: “La sincera  
“Confesion que habeis hecho, es tan estraña  
“Que presenta mi imagen verdadera.  
“Mi alma en la tristeza os acompaña:  
“Y deshecha la efimera quimera  
“Del placer con que el vicio nos engaña,  
“Mi vida relajada me contrista,  
“Y hácia mi religion vuelvo la vista.”

LX.

“Entonees Agustin: “¡Oh qué pintura  
“Varias veces mi madre de ella hiciera!  
“¡Cuantas veces mirando la amargura  
“Y el tedio de mi alma, me dijera  
“Que buscase en su seno la dulzura!  
“¡Tierna madre quizá en la otra ribera  
“De la mar en tu hijo estás pensando  
“Y las manos por él al cielo alzando!”



LXI.

“El alma de los tres así agitada  
De una misma impresion y sentimiento,  
Tuvimos por verdad averiguada  
Que solo en la virtud está el contento.  
La tumba de Escipion á olvido dada  
Nos inspiró sin duda el pensamiento,  
Pues el justo olvidado acá en el suelo  
Eleva nuestras almas hácia el cielo.”

LXII.

“Con pesar de Litema separados,  
Volvíamos á Bayes con tristeza,  
En diversas ideas ocupados.  
Ya Bayes no ofrecia en su belleza  
Atractivo ninguno, y fastidiados  
Lo mirábamos todo con tibieza.  
Nuestro fiel corazon nos presagiaba  
Que el dia del adios se aproximaba.”

LXIII.

“Este llega: la corte da la vuelta  
Para Roma, y con ella uno otro amigo.  
Nuestra union para siempre fué disuelta.  
Al Tibur con el Príncipe yo sigo:  
Allí escribió Agustin como resuelta.  
Tiene su marcha al Africa, el abrigo  
Buscando de la madre que le amaba,  
Y que tambien Gerónimo marchaba.”

LXIV.

“Yo no sabré, la carta concluia,  
“Si alguna vez á vernos volveremos;  
“Tal es la vida, amigo; la alegría  
“Instantes solo dura, y sus extremos  
“Los coarta el dolor: el mismo dia,  
“Cuando apenas el gozo conocemos  
“Y que en copa dorada lo gustamos;  
“Luego todas las heces apuramos.”

LXV.

“La amistad, ese don que ha dado el cielo  
“Para aliviar un tanto nuestros males,  
“¿Qué amargura no mezcla á su consuelo?  
“Luego llegan los términos fatales  
“De la separacion, y el desconsuelo  
“Sucede á los placeres ideales:  
“El corazon se parte, y el amigo  
“Le causa mayor mal que un enemigo.”

LXVI.

“Así pasó por mí, pues separado  
De tan buenos amigos, ya no hallaba  
Gozo mi corazon desconsolado.  
Ya Roma para mí no presentaba  
Mas que un triste desierto desolado;  
Y en medio del bullicio me encontraba  
Como triste y cansado caminante  
Por yerma soledad vagando errante.”



LXVII.

Constantino me daba todavía  
Un consuelo en su amor no desmentido;  
Mas no tardé en perder su compañía.  
Hierócles, de mi ofensa resentido,  
La venganza en su pecho entretenia;  
Que un bajo corazon no da al olvido  
La injuria recibida, y siempre arde  
Por saciar su furor vil y cobarde.

LXVIII.

“Una tarde que el Príncipe se hallaba  
En la curia, saliendo de paseo  
A ver la fuente Egeria, me tomaba  
La noche por el campo. Al mausoleo  
De Cecilia Metela enderezaba  
A ganar la via Apia, cuando veo  
Varias gentes que á un punto concurrían,  
Y de pronto en las sombras se perdían.

LXIX.

Al momento á seguir las me decido,  
Y llegando á la cueva donde viera  
Que entráran los fantasmas, atrevido  
Penetro yo también. Una cantera  
De granito en pilares sostenido  
Que la pálida luz esclareciera  
De fanales á trechos colocados,  
Se presenta á mis ojos admirado.

LXX.

Los muros de esta fúnebre morada  
Triple orden de féretros cubria,  
Cada uno con su insignia señalada.  
La macilenta luz que despedia  
El fanal á lo lejos, reflejada  
En las bóvedas altas, parecia  
Con su trémulo y vario ondulamiento  
Dar á tales objetos movimiento.

LXXI.

“En vano era prestar atento oido  
Para escuchar un son que me sirviera  
De guia en este abismo: ningun ruido  
Su sepulcral silencio y calma altera,  
Solo del corazon siento el latido.  
Entonces, deseando salir fuera,  
Pierdo el rumbo, y tomando otro distinto  
Me encuentro en un confuso laberinto.

LXXII.

“Cuanto mas me adelanto mas aumento  
Mi confusion y me hallo mas errado.  
Tan pronto me encamino á paso lento;  
Tan pronto me dirijo apresurado:  
Mas entonces paréceme que siento  
Venir en pos de mí precipitado,  
Por efecto del ruido que yo hacia,  
Y el eco por los antros repetia.



LXXIII.

“Largo tiempo marché de esta manera,  
Y la fuerza á faltarme principiaba.  
Rendido y sin aliento me pusiera  
A descansar un poco, y reparaba  
Que la luz del fanal se oscureciera,  
Y ya pronto apagarse amenazaba,  
Cuando oigo como voces de alabanza  
Y en mi pecho renace la esperanza.

LXXIV.

“Al instante, cobrando nuevo aliento,  
Tomo por la espaciosa galería  
De donde los acuerdos salir siento.  
Segun iba avanzando percibia  
Mas distintos los sonos, y el acento  
De tan suave voz que parecia  
Que en esta ciudad triste de los muertos  
Los ángeles tenian sus conciertos.

LXXV.

“Por fin salgo á un salon iluminado  
Donde veo ¡que asombro! á Marcelino.  
Celebrando el misterio mas sagrado.  
Un angusto concurso á este divino  
Sacrificio asistia enagenado:  
En torno de los muros examino  
Cubiertas de coronas varias tumbas  
Y conozco que son las catacumbas (11).

LXXVI.

Mas ¡cuál es mi sorpresa cuando veo  
La emperatriz con su hija arrodillada  
Y al lado Sebastian y Doroteo!  
Jamás se vió la cruz tan ensalzada  
Ni consiguió del mundo tal trofeo.  
¡La emperatriz del orbe, abandonada  
La cámara nupcial, venir ansiosa  
A venerar la cruz ignominiosa!

LXXVII.

“En estas reflexiones embebido  
Advierto que dos diáconos llegarán  
Al Pontífice augusto, y al oido  
Decirle alguna cosa: luego paran  
Los oficios, y á un signo convenido,  
Apagadas las luces, se separan.  
El pueblo santo en pos de sí me lleva,  
Y me hallo á la salida de la cueva.

LXXVIII.

“¿Quién pudiera pensar que este accidente  
Habria de influir tanto en mi estado  
Dando á mi vida curso diferente?  
Por los ministros sacros reparado,  
Interrumpí el misterio que presente  
No permite á ningun escomulgado:  
Mas tambien los satélites me vieron  
Que á observar las princesas estuvieron.



LXXIX.

“Hierócles se sirvió de esta noticia  
Para perderme en todo con Galerio.  
Usando del ardid y la malicia:  
“¿Sabeis, dice, á la dueña del imperio  
“Quién seduce, pervierte, y quién la inicia  
“En ese culto impío, y el misterio  
“La enseña de esta secta abominable?  
“Es ese Griego inicu y detestable.”

LXXX.

Galerio que, indispuerto de antemano,  
Como amigo del Principe me odiaba,  
Marcha luego á decirlo á Diocleciano.  
El le cuenta el rumor que circulaba,  
Con mengua y deshonor del Soberano,  
De que su misma esposa se manchaba  
Con culto tan impuro y tan nefando,  
Sus sesiones nocturnas frecuentando.

LXXXI.

“Mas no solo la afrenta (le añadiera,  
Atacándole el flaco conocido)  
“Debeis temer: vuestra familia entera  
“A esas cuevas inmundas no hubiese ido  
“Si mas fuerte razon no la moviera.  
“Una trama con ella os tiene urdido  
“El griego Eudoro: haced le den tormento,  
“Y sabreis la verdad en el momento.

LXXXII.

“Debo de confesar que la apariencia  
Estaba contra mí. Toda la corte  
Parecia aguardar con impaciencia  
Lo que Diocles haria á su consorte,  
Con su genio templado y experiencia  
Al escándalo quiere dar un corte.  
Su carácter político y prudente  
Os pintará este rasgo solamente.

LXXXIII.

“Desde luego declara es infundado  
El rumor que por Roma ha discurrido:  
Que su esposa y su hija no han dejado  
El palacio; al contrario han ofrecido  
Sus votos en las aras del estado:  
Que se ponga esta historia en el olvido,  
Y que siendo encontrados los autores  
Sufrirán de las leyes los rigores.

LXXXIV.

“Mas como era preciso que uno fuese,  
Por máxima en las cortes recibida,  
Quien la culpa de todos padeciese,  
Yo fuera aquí la víctima escogida.  
Dióseme, pues, la órden que saliese  
Desterrado de Roma, y en seguida  
Fuese á unirme á las tropas comandadas  
Por Constancio, en el Reno acantonadas.



LXXXV.

“Mi viaje dispuse á aquella tierra,  
Alegre por trocar la servidumbre  
Del ocio en las fatigas de la guerra.  
Mas tal es el poder de la costumbre,  
O el encanto que illustre sitio encierra,  
Que no á Roma dejé sin pesadumbre.  
Dando el último abrazo á Constantino,  
A media noche principié el camino.

LXXXVI.

“Toda Roma en silencio reposaba  
En profundo letargo sumergida;  
La muerte parecia que reinaba  
Usurpando sus veces á la vida;  
La luna en su men uante se miraba  
Del alto capitolio suspendida  
Como esas tristes lámparas colgadas  
Que alumbran de los muertos las moradas.

LXXXVII.

“El Tibre caudaloso atravesando  
Penetré en la ciudad que hallé desierta;  
El templo de la Paz atras dejando,  
Rostros, templo Estatór, salí á la puerta  
Que da á la via Casia; caminando  
Primero por campiña descubierta,  
Luego entré por la Etruria montañosa  
Que atraviesa una ruta tortüosa.

LXXXVIII.

“Remontando despues el Apenino,  
Al horizonte claro y despejado  
De Italia vi seguirse de continuo  
Un cielo nebuloso y aplomado.  
Para pasar los Alpes, el camino  
Atraviesa un peñasco taladrado  
En forma de espaciosa galería,  
Donde nunca se ve la luz del dia.

LXXXIX.

“Luego bajé á la Galia Transalpina,  
Y pasando el pais que es habitado  
Por los Voconces, la onda cristalina  
Remonté del Arar tan afamado.  
En poco tiempo así llegué á Agripina,  
Donde estaba el ejército acampado.  
Constancio con amor me recibiera,  
Y de mí en el instante dispusiera.

XC.

“Eudoro, dijo el Príncipe, mañana  
“Marchamos á buscar el Franco fiero  
“Que osa insultar el águila romana.  
“Ahora servireis de simple arquero  
“En la legion cretense veterana.  
“Marchad, mostraos digno compañero  
“De mi hijo, y que las honras que os ofrezca,  
“El valor, no la gracia, las merezca.”



XCI.

“Aquí vuelve, señores, de mi vida  
 El segundo periodo. Traslado  
 De la Arcadia á la corte esclarecida  
 Del imperio del mundo, y rodeado  
 De gozes y placeres, en seguida  
 Me veo de repente sujetado  
 A las duras fatigas de la guerra  
 En pais belicoso inculca tierra.



NOTAS.

Octava V.

Huyendo las venganzas del Argivo.

(1) Cuando Eneas le contó la ruina de Troya, según se ve descrita en el segundo de la Eneida.

Octava XIV.

Alcimedon sus tazas de belleza,

(2) Alcimedon era un famoso escultor; de él habla Virgilio en la égloga 3.<sup>a</sup>

Idem.

A Dafne aprisionada en su corteza.

(3) Dafne, hija del rio Peneo, suplicó á su padre la defendiese contra Apolo que la perseguia enamorado; su padre la convirtió en laurel, y cuando llegó Apolo, no abrazó mas que un tronco inanimado, del cual cortó un ramo y se hizo una corona. Por esto el laurel fué consagrado á Apolo.

Octava XVII.

Con que Céres las parvas aventára

(4) Habiendo vuelto Ulises á su patria, cuenta á Penélope que sus trabajos no se han acabado todavía, sino que con el remo en la mano debe ir peregrinando